

Memorable jornada para las gentes de Degaña



(Viene de la pág. anterior) co, ni el gobernante, ni los administrados, pueden permanecer aislados en sus departamentos y por ello, todo lo que sea llevar la voz de uno a otro pueblo, de una a otra provincia, para comunicar una noticia o para lanzar un SOS angustioso cuando sea preciso, significa una importante realización.

Volviendo sobre el tema de la Casa Sindical, dice el gobernador civil que ésta no puede convertirse simplemente en una arquitectura buena y bonita, agradable a la vista, algo así como un monumento moderno que los hombres de Degaña puedan presentar a quienes los visiten en el futuro. No es la apariencia lo que importa, sino el contenido y así como en un simple y modesto envase de cristal se puede contener el mejor vino del mundo, él quiere que la Casa Sindical de Degaña sea la Casa en la que los trabajadores, los ganaderos, los mineros, los capataces, los peones y grandes empresarios, desde el jefe de empresa al propietario del más pequeño comercio del término, se reúnan todos los días para tratar de sus problemas, para conocerse como hombres, para dialogar, para aprender más y ser mejores.

El dinero, repite, no significa nada. Lo que importa es que un hombre, como él en ese instante, bajo el cielo plomizo y el "orbayu" de Asturias, ante la juventud y ante los niños de Degaña, sienta un poco de poesía, de amor y de fe, para seguir trabajando con el mayor entusiasmo por un pueblo que todo lo merece y todo lo precisa. Añade Mateu de Ros que él quisiera que estas inauguraciones tengan alma y vida, que las gentes de Degaña no se considerasen como simples arrendatarios de lo que se les entrega, sino como propietarios legítimos de esos instrumentos de inquietud y de cultura, para ellas mismas y para el bien de su pueblo y de su Patria.

Manifestó que ya el alcalde le habló del anhelo de contar con un poste repetidor de la televisión y asegura que no pasará mucho tiempo sin que

él venga a Degaña, invitado por cualquiera a tomar un café y fumar un cigarrillo, sentado en una silla, para ver el mundo a través de esa gran ventana que es la televisión, con la que los degañenses podrán comprobar que no es fácil ese mundo, que en él siguen perdurando las guerras entre los hombres, que incluso en los pueblos de economía más rica subsisten lacras y problemas que afectan en lo más hondo su salud social, que en muchos de ellos la familia está totalmente corrompida, que se ha perdido la práctica del rosario y de acudir a la Iglesia, que no se cuenta con esa fuerte institución familiar y esa fe que tenemos los españoles, que brota a borbotones en los corazones de nuestras gentes y que nos va a salvar en la historia.

Afirmó el jefe provincial que desde hace veinticinco años, Degaña avanza enormemente, y que es muy posible que si hace treinta él hubiera estado aquí, muchos de los que hoy le escuchan no tendrían ni siquiera el aspecto que actualmente tienen. Pero lo que importa no es la obra hecha en esos cinco lustros, lo que importa es que se está dando la oportunidad a unas nuevas generaciones para continuar con mayor seguridad que nosotros, y sobre mejores rampas de lanzamiento, la obra iniciada. Es preciso no perder nunca ese tesoro maravilloso de la familia y de la idea de Dios; tener siempre la fuerza maravillosa del espíritu.

Pide disculpas para el hombre que por mandato del Caudillo gobierna Asturias y es su jefe provincial del Movimiento, por haber ido a Degaña a hablar de cosas tan fundamentales, pero estima que es mejor, y él lo prefiere hablar con el corazón abierto a los hombres de su pueblo y de su Patria, porque él también es del pueblo y acaso mañana vuelva a ser un simple soldado en filas, para oír las consignas y para cumplirlas. Degaña, sigue diciendo, necesita, lo mismo que su concejo, ayuda y él asegura que en la

medida de sus posibilidades la obtendrá, si bien conviene que vaya por delante que para ello hace falta que el pueblo permanezca unido, ya que son los pueblos los que se levantan a sí mismos y no los Gobiernos, que lo que pueden es ayudar cuando aquéllos están dispuestos a le-

ocurrir en las casas y en las calles de los pueblos. Es necesario que todos seamos unos, que nos queramos que el más pobre no envíe al más rico y que el más rico sepa desprenderte de algo en favor del más pobre; que en esa unión se estrechen los obreros, los dirigentes de

cánicos, porque a veces la gente cuida más a su vaca, o al martillo, o al instrumento de trabajo, que al propio trabajador, que es un instrumento con alma, con dignidad, que siente, que rie, que llora y sin el cual no hay sistema. El hombre es lo fundamental y a él hay que dirigir toda la atención y todo el interés. Los empresarios deben pensar bien ésto y no importa que ganemos menos, porque a lo mejor estamos ganando para otra cuenta mucho más importante, que conviene tener presente siempre.

Da las gracias al pueblo por todo lo hecho en esta última fructífera etapa, ya que si los alcaldes hacen cosas es porque el pueblo les ayuda a hacerlas. Pide que se llene de contenido la Casa Sindical, que se vaya a la Casa de la Cultura, que se creen contactos y se organicen ciclos de conferencias, que se establezca diálogo de utilidad, entre hombres de buena fe. Reitera su ofrecimiento de ayuda si la gente sabe permanecer unida; exhorta a los ganaderos y agricultores a agruparse en cooperativas para poder obtener de ese modo más fácilmente apoyos crediticios; invita a todos, a los que creen profundamente y a los que tienen la fe tibia, a pedir a la santa patrona de Degaña, Nuestra Señora de Fátima, cuya festividad celebra el pueblo, que les ayude un poco a ser mejores todos los días, a trabajar con más alegría, a que el que puede se porte mejor con el que no puede y a que éste no envíe a aquél y en todo caso, a lo más, le tenga lástima, porque no sepa cumplir con su deber. Pide a Degaña que le ayude a él, porque también él, dice, necesita ayuda de todos los hombres del trabajo, de todas las mujeres de Asturias, para mantener su ánimo en la dura tarea que tiene por delante.

«Yo —terminó diciendo el camarada Mateu de Ros— sabré ganarme a fuerza de corazón vuestro cariño y

vuestro afecto, si me dejáis la puerta abierta para que pueda hacerlo. ¡Arriba España!»

Una cercada ovación premió el discurso del gobernador civil y jefe provincial del Movimiento.

INAUGURACIONES

Seguidamente, don Florentino, el viejecito párroco, ochenta y tres años maravillosos de bondad, bendijo la Casa Sindical. Un edificio moderno, como dijera Mateu de Ros, bello en su traza, proyectado por don Federico Sor olmos, arquitecto de la Obra Sindical Hogar, y recto y perfecto en su construcción, llevado a cabo por el señor Elías, a quien el gobernador felicitó muy cordialmente.

En la planta baja, el Hogar del Productor, con su bar, su gran sala de juego, la biblioteca. Arriba, en las plantas primera y segunda, despachos para el público, para el delegado, para la asesoría jurídica, para los funcionarios. Y dos salones de juntas espléndidos, llenos de luz, como todo, y amueblados, como todo también, con un gusto exquisito, sencillo y lujoso a la par.

Manuel Hernández, delegado provincial de Sindicatos, puso de manifiesto ante el pueblo, que llenaba por completo el local, la satisfacción que sentía por poder hacerle entrega de esta casa, que viene a realizar una antigua y muy sentida aspiración de Degaña y por poder hacerlo, además, en la ocasión en que la villa celebra sus fiestas patronales, recibe la visita del jefe provincial y se conmemora el veinticinco aniversario de la paz de Espinosa.

Añadió que el acto encerraba una gran significación, pues suponía el alcance de un nuevo objetivo en la larga lista de los que de una manera callada, silenciosa, a veces incomprendida, va cumpliendo la Organización Sindical. Esta casa, dijo Hernández, se ha hecho con las plazas de vuestra fe, porque vosotros sois parte entraña.

(Pasa a la pág. siguiente)



vantarse sobre sus hombros, con las manos hechas garras, con un esfuerzo diario y tenaz, con amor y sin críticas destructivas.

Es necesario que todos los Ayuntamientos asturianos sean Ayuntamientos de ventanas abiertas, sin visillos ni cortinas, para que desde fuera se vea lo que ocurre dentro y desde dentro lo que e

mpresa, los capataces y los mandos intermedios, que no se considere a la empresa como una especie de castigo al que diariamente hay que ir para poder comer, porque la empresa es de todos. Pero el empresario, a la vez, debe darse cuenta de que los trabajadores son hijos de Dios, hombres del pueblo y no simples instrumentos me-

